

Se ha comparado á los cínicos con los religiosos mendicantes. Si los estóicos permanecieron en el mundo, apenas se interesaron por sus destinos. Los neo-platónicos están completamente en este orden de ideas; su espiritualismo es tan excesivo como el de los ascetas cristianos. Hay todavía otro extravío que es comun á la filosofía y al cristianismo. Aún procediendo de la ciencia, los filósofos acaban por rechazarla; los últimos estóicos no estiman más que los epicúreos las especulaciones de la teoría. Unos y otros reducen la filosofía á la práctica de la virtud, y por opuesto que sea su punto de partida, concuerdan en sus máximas morales. La tendencia del cristianismo es la misma. Puede decirse, sin temor de incurrir en paradoja, que las sectas más lejanas del cristianismo contribuyeron á preparar para él los espíritus. Esto es tan cierto, que ha habido sentencia de Epicuro, referida por Séneca, que ha sido invocada por un escritor católico como una prueba de que Séneca estaba iniciado en la doctrina cristiana (1). No puede darse una confirmacion más brillante de la relacion que existe entre el cristianismo y la filosofía antigua.

### § II. — La filosofía preside el desenvolvimiento del cristianismo.

#### I.

La filosofía preparó al gentilismo para recibir el Evangelio. ¿Acabó su mision con el nacimiento de Jesucristo? Para que así fuese, sería menester que separase algun abismo, algun inmenso cataclismo, la sociedad cristiana del mundo antiguo. Ahora bien; léjos de esto, los primeros tiempos del cristianismo se confunden con los últimos años de la antigüedad. La religion nueva se desenvuelve, pues, en medio de la civilizacion greco-romana. Así el cristianismo debia sufrir la influencia de la civilizacion antigua. Tal es la ley constante de la humanidad. No hay pensador, por

(1) Véase el tomo III de mis *Estudios*, p. 433 de la edicion española.

solitario que sea, que no exprese, en cierto modo, las ideas, las pasiones, las preocupaciones de sus contemporáneos; es una consecuencia de la sociabilidad humana. Con mayor razon les sucede esto á los reveladores. El cristianismo, lo mismo que las demas religiones, no se ha formado súbitamente, por vía de milagro. El Evangelio no contiene doctrina alguna; sin embargo, toda religion debe tener un dogma. Esto resulta de la esencia misma de la religion. ¿No es acaso una relacion entre el hombre y Dios? Es menester, pues, que determine cuál es esta relacion. La respuesta á esta sencilla cuestion implica todo un sistema teológico. ¿De dónde ha sacado el cristianismo toda su teología? Durante todo el tiempo que fué predicado en los límites de la Judea, consistia únicamente en la creencia en el Mesías. Cuando se extendió entre los gentiles, esta creencia se trasformó: el Mesías fué el Verbo de Dios. Hé aquí el principio de la teología cristiana. ¿Bajo qué influencia tuvo lugar esta trasformacion? ¿Qué ideas, qué sentimientos presidieron al trabajo teológico del cristianismo? En vano sería tratar de buscar otros que el gentilismo. Solamente cuando la *buena nueva* fué predicada á los gentiles tomó el nombre de cristianismo. Si el gentilismo dió su nombre á la nueva religion, le dió tambien en gran parte sus dogmas y su culto. Pues bien; el elemento intelectual que dominaba en la antigüedad era la filosofía griega. Puede, pues, afirmarse que la filosofía rodea la cuna del cristianismo y que preside á su desenvolvimiento. Cuando la doctrina está ya formada y el dogma definido, llegan los Bárbaros y se abre otra edad.

Aún cuando sea cierta la influencia de la filosofía sobre el desarrollo del cristianismo, es difícil precisar su extension y sus límites. Los orígenes del cristianismo no son una pura cuestion científica; están ligados á pasiones y á intereses que han agitado y aún agitan á los espíritus. La historia se ha convertido en un arma en manos de la Iglesia y de sus enemigos, los librepensadores y las sectas. Tratemos de separar la verdad en este conflicto de opiniones contradictorias.

No pretendemos hacer de Jesucristo un filósofo ni un discípulo de la filosofía. Los paganos de los primeros siglos, hostiles á la religion nueva, sostuvieron que un gran número de máximas y de



sentimientos que el Evangelio atribuye á Cristo, estaban tomados de Platon; los neo-platónicos quisieron trasformar al fundador del cristianismo en filósofo (1). *San Agustin* califica de locura esta opinion. Pero, cosa extraña, opone á las pretensiones de los filósofos una explicacion á su vez sin fundamento; ¡ sostiene que Platon fué instruido en las Sagradas Escrituras por Jeremías! Por otra parte, los cristianos, celosos por reivindicar todas las glorias para el Salvador, imaginaron que Jesus en su infancia habia sido iniciado milagrosamente en todas las ciencias humanas (2). Aún se ha tratado de convertir á los apóstoles en filósofos. Algunas palabras de San Pedro y de Santiago han bastado para cambiar á los discípulos de Cristo en discípulos de Platon (3).

El Evangelio apócrifo de la infancia de Jesus ha perdido hace ya mucho tiempo toda autoridad, y los escritores modernos están dispuestos á clasificar igualmente entre las fábulas lo que se dice de lo que han tomado Jesucristo y sus apóstoles de la filosofía. Ciertamente que Cristo no vino para enseñar dogmas, sino para reanimar el sentimiento religioso. Pero esta mision del Hijo del Hombre, ¿ implica el que haya permanecido extraño á todo el movimiento intelectual y moral que agitaba á sus contemporáneos? Responderémos atrevidamente que ha debido sufrir la influencia de la filosofía por el solo hecho de haber vivido en un siglo filosófico. Hay en cada época un cierto número de ideas y de creencias que son el dominio comun de los espíritus: ¿ y de dónde han de provenir, sino del trabajo del pensamiento? Jesucristo ha debido inspirarse en ellas, sin ser por esto un filósofo de profesion. Ahora bien; la Grecia presidió al movimiento filosófico de la antigüedad; despues de las conquistas de Alejandro, el helenismo invadió el Oriente y penetró hasta en el seno del pueblo elegido. Habia, pues, un elemento helénico, es decir, filosófico, en la civilizacion

(1) AUGUSTIN, *De doctrina christi*, § 43: «*Dixere autem sunt omnes Domini nostri Jesu Christi sententias, quas mirari et prædicare coguntur, de Platonis libris eum didicisse.*»

(2) Estas fábulas han sido recogidas en el Evangelio apócrifo de la infancia de Jesus (BRUCKER, *Hist. crit. Phil.*, t. III, p. 247-255).

(3) El célebre crítico LE CLERC sostiene esta opinion (*Bibliotheca Universal*, t. X, p. 499). — Compárese BRUCKER, *Hist. crit. Philos.*, t. III, p. 255-260.

judía á la venida de Cristo. Así, pues, es menester decir de la filosofía lo que hemos dicho del buddhismo y del mazdeísmo; el fundador del cristianismo y sus discípulos se alimentan de ella como el hombre vive del aire vivificador de la atmósfera que le rodea.

Sin embargo, la predicacion evangélica no contiene aún más que pequeños gérmenes del dogma cristiano. Los primeros discípulos de Cristo no tenían teología propia. Esto se comprende perfectamente; su doctrina era la Ley de Moises. La necesidad de una creencia cristiana no se dejó sentir más que cuando San Pablo llevó el Evangelio á los gentiles. A partir de este momento, el trabajo teológico tomó una importancia considerable. Se ha deplorado esto, pero no se ha reflexionado que no hay religion sin confesion de fe. Lo que se debe deplorar es que la Iglesia haya inmovilizado su dogma, refiriéndolo á una revelacion milagrosa. Basta seguir la formacion sucesiva de la teología cristiana para convencerse de que se ha desarrollado bajo la influencia de la filosofía. El Apóstol de los gentiles inauguró el movimiento filosófico. Era una necesidad. Cuando se llevó el cristianismo á los Griegos, Cristo dejó de ser el Mesías del pueblo elegido, para ser el salvador del género humano. ¿ Pero qué era este Salvador? Esta era la pregunta que se hacian los Griegos, aficionados como siempre á las especulaciones. El autor del Evangelio de San Juan les enseñó que Cristo era el Verbo de Dios. No sabemos quién ha escrito este Evangelio; únicamente es cierto que no es obra del Apóstol querido de Jesus; es tambien cierto que está impregnado de la filosofía alejandrina; todo induce á creer que data de la segunda mitad del siglo segundo (1). Hé aquí, pues, á la filosofía introduciéndose en la Sagrada Escritura bajo el nombre y con la autoridad de un discípulo de Cristo. Puede decirse que era un hecho providencial. No bastaba la *buena nueva* para conquistar el mundo. El pensamiento rige las cosas humanas; era menester, pues, que la religion cristiana se asimilase lo que habia de más elevado en el dominio de la especulacion filosófica. Tal fué la obra del autor desconocido del Evangelio de San Juan; es tan grande

(1) BAUR, *Das Christenthum der drei ersten Jahrhunderte*, p. 156, 141 y sig.



como la de San Pablo; entre ambos hicieron la conquista del mundo antiguo.

El movimiento que aproxima el cristianismo á la filosofía toma una fuerza creciente á medida que la nueva religion se extiende por el mundo antiguo. Los cristianos, en el siglo primero, no nacen, se hacen. ¿Y de dónde salian los hombres más eminentes del cristianismo, aquellos á quienes la posteridad ha honrado con el título de Padres de la Iglesia? Estaban educados en las escuelas de los filósofos ó eran filósofos que abrazaban el cristianismo (1). En la lucha que la religion tuvo que sostener con la civilizacion antigua era menester formular y defender las creencias nuevas. De esta lucha salió la doctrina cristiana. Pero ¿con qué armas se puede combatir á los filósofos, sino con la filosofía? ¿Con qué instrumentos se puede levantar el edificio de la teología, sino con las leyes de la razon, tales como las habian explicado los grandes genios de la Grecia? Por todas partes encontramos la filosofía: se asienta en el hogar del cristianismo: el cristianismo vive y se mueve en ella. Al asignar á la filosofía un papel tan considerable en el desenvolvimiento del cristianismo no hacemos más que traducir en lenguaje moderno las ideas de *Clemente de Alejandría*. A los ojos de San Clemente, la filosofía es un don de Dios, tiene un origen divino, es un fragmento de la revelacion universal; para llegar á la perfeccion, el cristiano debe reunir todos estos fragmentos (2). El punto de vista del Padre griego es bastante más extenso que el de los escritores modernos. Hoy, en que la fe en una revelacion milagrosa se pierde, los teólogos de profesion tratan de separar todo elemento humano del cristianismo, á fin de imprimir en los espíritus la conviccion de que todo en él es divino. ¡Vanos esfuerzos! Cuanto más se esfuerzen en hacer del cristianismo un hecho sobrenatural, ménos se le hará aceptar por la conciencia moderna, que evidentemente no cree ya en lo sobrenatural. Si, por el contrario, se representa al cristianismo como un momento en la vida de la humanidad, como el producto del espíritu humano,

(1) Aristides, Justino, Atenagoras, Taciano, Pantenio, Máximo, Clemente, Orígenes, Gregorio, Basilio, Agustin, etc.

(2) *Stromat.*, I, 13, p. 348 y sig., ed. Potter.

imperfecto por consiguiente aunque perfectible, se salvará todo cuanto puede salvarse. Insistamos, pues, sobre los lazos que unen la filosofía y el cristianismo; en vez de temer este parentesco por la religion, debemos felicitarnos de ello. La humanidad ha llegado á creer una verdad enseñada por Platon, mejor que una doctrina que no esté fundada más que en una revelacion milagrosa.

Hay en la teología cristiana un dogma que resume la filosofía del cristianismo: la Trinidad. Esta concepcion de Dios ¿está tomada de la filosofía griega? ¿Cuál es su valor filosófico? Tal es la cuestion en su más alta generalidad. Ha sido durante mucho tiempo una cuestion de partido (1). Cuando los protestantes se separaron de Roma, sostuvieron que la Iglesia habia alterado la fe primitiva; su pretension fué remontarse á los orígenes puramente divinos del cristianismo, á la Sagrada Escritura. Los católicos respondieron que la doctrina de la Iglesia era un desenvolvimiento, una explicacion de la Escritura. Sus adversarios replicaron que la invasion de la filosofía platónica habia corrompido al Evangelio. Los escritores católicos más moderados, *Huet*, obispo de Avranches, el sabio *Petavio* (2), confesaban que los Padres habian sufrido la influencia del platonismo y que aquella influencia no siempre habia sido favorable. Los protestantes, fuertes en sus convicciones, principalmente los Socinianos, presentaron al dogma de la Trinidad como una herejía platónica (3). En este orden de ideas, el misterio cristiano pertenecia más á la filosofía que á la revelacion.

Los escritores modernos dicen que «las semejanzas entre la filosofía y el cristianismo se limitan á algunas opiniones particulares acerca de! mundo de las inteligencias, los ángeles buenos y malos» (4). No quieren admitir influencia alguna de la doctrina

(1) BRUCKER, *Hist. crit. Phil.*, t. III, p. 343 y sig.

(2) PETAV., *Dogm. theol.*, t. II, lib. I, c. 3.

(3) Tal fué el objeto de un folleto anónimo titulado: *El platonismo desenmascarado*, que apareció al principio del siglo XVIII. Atribúyesele á un sacerdote reformado llamado SOUVERAIN. LE CLEEC y BASNAGE sostienen igualmente que la doctrina de los Padres es un platonismo mal comprendido.

(4) MATTER, *Historia de la Iglesia cristiana*, t. I, p. 236.



platónica sobre el dogma de la Trinidad. Es verdad que la concepción de un Dios en tres hipostasis constituye la esencia de la filosofía neoplatónica, y la Trinidad es también el fundamento del cristianismo. Pero la analogía, se dice, no está más que en las palabras; en el fondo no hay nada de comun entre la doctrina de los filósofos y el misterio cristiano: la primera es una especulación metafísica, mientras que el segundo procede de la encarnación del Verbo de Dios en la persona de Cristo. A este modo de ver opondremos el testimonio de los Padres de la Iglesia, que no dudan en identificar la idea cristiana con la teoría platónica. Las diferencias que hoy nos chocan no tenían, pues, la misma importancia á los ojos de los Padres. Por tanto, es posible la influencia del platonismo sobre la formación del dogma cristiano. Las circunstancias históricas lo hacen probable. En los Evangelios de San Mateo, de San Marcos y de San Lucas, no se hace mención del Verbo de Dios, ni ménos aún de la Trinidad. La palabra y la idea aparecen por primera vez en el Evangelio de San Juan, que data del siglo segundo. ¿De dónde ha sacado esta idea el autor del Evangelio? La crítica moderna responde: «De la filosofía alejandrina.» Sin embargo, la identificación de Cristo con el Verbo de Dios no basta todavía para construir el dogma de la Trinidad. Nada lo prueba tanto como el nacimiento de la herejía de Arrio, su extensión y la autoridad de que gozó en numerosos concilios: este hecho sería inexplicable, ó por mejor decir, sería imposible, si la creencia de la Trinidad hubiera sido fijada definitivamente. Antes del siglo iv. En realidad, la Trinidad, antes del concilio de Nicea, no estaba más que en el estado de elaboración. Se creía ciertamente en el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, pero nada se había precisado sobre la función propia de cada una de las personas divinas, ni sobre las relaciones que los unían. Así, durante más de trescientos años, filósofos y cristianos concentraron toda la actividad de su pensamiento sobre una misma teoría. De la escuela de los filósofos salieron Padres de la Iglesia; neoplatónicos abrazaron el cristianismo: ¿puede admitirse que el trabajo secular á que fué sometida la idea de la Trinidad en las escuelas filosóficas no haya tenido influencia en la teología cristiana? La coexistencia y la fusión de las especulaciones filosóficas y de las creencias reli-

giosas en los primeros siglos de la era cristiana hacían inevitable su acción recíproca (1).

¿Debemos maldecir la influencia que la filosofía ha ejercido sobre la teología cristiana y ver en ella el principio de la corrupción del cristianismo primitivo que se censura á la Iglesia católica? Esto sería maldecir diez y seis siglos de la vida de la humanidad, ¿y para llegar á qué? A un cristianismo incoercible. Porque, ¿qué es el cristianismo primitivo? Hace siglos que los pensadores se presentan esta cuestión y cada cual responde de diferente manera. Los más imparciales confiesan que apenas se encuentran los gérmenes de la teología cristiana en la predicación evangélica. Estos gérmenes pedían un desarrollo. Si el que le ha dado la filosofía griega no conviene ya á la humanidad moderna, ¿qué quiere decir esto? Que es menester volver á empezar el trabajo y continuarle sin cesar. ¿Y quién presidirá este trabajo, sino el pensamiento, es decir, la filosofía? Así, pues, no tenemos el derecho de reprobar el movimiento teológico de los primeros siglos del cristianismo; es menester estudiarle, ver qué elementos transitorios, erróneos, y qué verdades eternas encierra, separar los primeros y conservar los demas, poniéndolos en armonía con las necesidades de nuestro estado social.

Hay en la Trinidad católica un elemento supersticioso que los protestantes avanzados tienen razón en rechazar, y es la divinidad de Cristo. Este error no es imputable á la filosofía, porque jamás ha dejado de protestar contra la confusión imposible de lo infinito y lo finito. Más adelante diremos que la encarnación del Hijo de Dios era una creencia necesaria, en el sentido de que la noción puramente filosófica de Dios no bastaba para formar una religión que respondiese á las necesidades del espíritu humano al fin de la antigüedad. ¿Pero no hay otra cosa en la concepción cristiana que la superstición de la encarnación? El cristianismo procede á la vez del judaísmo y del gentilismo. En la religión de Moisés halló la noción de la unidad divina, pero viciada por la preocupa-

(1) VACHEROT, *Historia crítica de la escuela de Alejandría*, t. I, p. 299: «La cuna del dogma de la Trinidad es una ciudad griega, y el héroe de aquella gran polémica, que vino á parar al símbolo de Nicea, es un Alejandrino.»



cion popular de un dios nacional, de una raza elegida. En la filosofía antigua halló igualmente la noción de un Sér, que existe por sí mismo, y es origen de todos los demas seres, pero viciada por una mezcla de panteísmo. Era preciso mantener el principio del monoteísmo, separándolo de toda idea de panteísmo y de nacionalidad. El Dios de los cristianos no es ya un Dios nacional, es lo mismo el Dios de los gentiles que el de los judíos. Hé aquí ya un inmenso progreso, en el cual no puede negarse la influencia de la filosofía. Pero el deísmo judío, aún universalizado, no bastó para asentar en él el edificio de la nueva religion; es preciso que el hombre conserve su individualidad en frente del Sér de los seres. El cristianismo lo afirma enérgicamente por el dogma de la resurreccion, y así se libra del panteísmo antiguo. Esta creencia no le es exclusiva; estaba generalmente extendida en tiempos de la venida de Jesucristo. Sin embargo, habian quedado entre los judíos restos de su inveterada creencia de un Dios nacional; no habia lazo entre el hombre como tal y Dios; el lazo no existia más que entre el pueblo elegido y Jehová, como consecuencia de una alianza especial. Esta falsa noción de las relaciones entre el Creador y la criatura, viciando la teodicea, viciaba también la religion en su esencia, porque el hombre necesita de un lazo individual y directo con Dios para que el sentimiento religioso halle un apoyo y un alimento. La filosofía habia preparado el camino á la verdad, enseñando que el hombre estaba en comunicacion permanente con Dios; pero ¿esta comunicacion no llegaba hasta la absorcion de la individualidad humana? Aquí reaparecia el escollo del panteísmo que el cristianismo evita por su teodicea. El cristiano está unido á Dios, aún conservando su personalidad; su cualidad de criatura no le permite soñar su vuelta al seno del Creador para ser allí absorbido.

Hé aquí los rasgos de una concepcion de Dios y del hombre que la humanidad moderna no rechazará, porque es la creencia que tiende á ser general. Es el producto del trabajo religioso y filosófico que tiene lugar desde que el hombre piensa. Esta es la esencia cristiana si se la depura de los elementos supersticiosos que la alteran. Bendigamos, pues, en lugar de maldecir, al cristianismo y á la filosofía, puesto que la fe y la ciencia se han dado la mano

para iluminarnos acerca de nuestras relaciones con Dios, y por consiguiente, sobre nuestro destino.

### § III.—Relaciones entre la religion y la filosofía.

Los filósofos habian destruido el paganismo, pero sin pensar en reemplazar las creencias populares con su doctrina. Cuando cayó la antigua religion, el mundo se encontró sin fe. Entónces se extendió la buena nueva de un Salvador que venia á dar la vida á la humanidad. La filosofía, íntimamente ligada á la civilizacion antigua, rechazó lo que consideraba como una supersticion que amenazaba triunfar sobre la sabiduría antigua y sobre la brillante cultura de la Grecia y de Roma. Los filósofos hicieron un esfuerzo supremo para salvar la antigüedad; se apegaron á las antiguas creencias, y con ayuda del método alegórico les encontraron una significacion racional, que permitia conciliarlas con las especulaciones de los Pitágoras y de los Platones. En este sentido, la filosofía tuvo la pretension de unirse á la religion y de confundirse con ella.

En cuanto el cristianismo atrajo hácia sí á los hombres educados en las escuelas del gentilismo, tuvo una pretension parecida. Los Padres vieron en la religion cristiana la verdadera filosofía; los cristianos se calificaron de filósofos (1). Pero la filosofía cristiana era á sus ojos tan superior á la filosofía antigua como la palabra de Dios respecto de la de los hombres. El cristianismo tuvo, pues, la pretension de absorber á la filosofía y de anularla. «El cristiano deja de filosofar, dice *Tertuliano*. ¿Para qué investigar la verdad despues de Jesucristo? ¿para qué la especulacion despues del Evangelio? Aquel que cree no tiene ya el deseo de investigar más allá de su creencia; el principio de nuestra fe es, en efecto, creer que no hay nada más allá» (2). «¿Qué es la filosofía? exclama

(1) CLEMENT. ALEX., *Strom.*, lib. I, *fine*: ἀληθής φιλοσοφία.—IB. VI, p. 786: οἱ φιλόσοφοι τοῦ θεοῦ.—THEODORET., *Serm. adv. Græc.*, XII (*Op.*, t. IV, p. 666, c.): εὐαγγελικὴ φιλοσοφία. C. SOCRAT., *Hist. eccles.*, IV, 27.—LACTANT., *De Opif. Dei*, c. 1: «*Philosophi nostræ sectæ*».—Los ascetas cristianos tomaron el nombre de filósofos (BRUCKER, *Hist. crit. phil.*, t. III, p. 246 y sig., 414).

(2) TERTULIAN., *De Præscript. hæret.*, c. 7.